

CUBANET

30
septiembre
2016

Juliet F



Selección quincenal de artículos
y noticias publicados en nuestro sitio digital

www.cubanet.org

ÍNDICE



Adiós a los bicitaxis



*Edmundo García
y su gran escena*



*Una frase pasada
de moda en Cuba*



*¿Quiénes están mani-
pulando a los jóvenes?*

ÍNDICE



09

A Raúl Castro no le gustan los chismes



10

Autoridades no pueden detener el alza de los precios del agro



11

La Habana-Guantánamo en avión: crónica de un calvario



12

¿Qué hay con los negocios inmobiliarios en Cuba?

Adiós a los bicitaxis

Para algunos son un alivio, para otros una plaga



LA HABANA, Cuba.- Nadie sabe con exactitud cuántos bicitaxis prestan servicio en La Habana, pero son una cantidad suficiente para que la mayoría de los choferes y los agentes del tránsito los consideren una verdadera plaga por las molestias que ocasionan en la vía.

El incremento ha llevado a regular la circulación en las calles más concurridas de la ciudad y, más recientemente, a limitar el otorgamiento de licencias a aquellos bicitaxistas que no posean residencia en los municipios más céntricos.

A partir de octubre, cientos de estos triciclos que, junto a los “almendrones”, ya forman parte del “color local” habanero, deberán ser inmovilizados cuando a sus conductores se les congele el permiso para operar.

La medida, aunque ha alegrado a algunos, también ha causado malestar no solo entre quienes deberán repensar el modo de ganarse el sustento sino, además, entre las personas que usan los bicitaxis para trasladarse de un lugar a otro en una ciudad con graves problemas de transporte.

“No son nada baratos pero resuelven, y como ya había demasiados, la competencia los estaba obligando a bajar los precios”, comenta Arturo, un joven estudiante que utiliza con frecuencia este medio de transporte. Y agrega: “Antes yo pagaba 50 pesos (dos dólares) por ir desde el Parque de la Fraternidad hasta el ISDi (Instituto Superior de diseño), en los últimos meses solo me cobraban 20 o 25 pesos, no más. Ahora subirán de nuevo los precios”.

“No sé hasta qué punto resuelven un problema de transporte porque no hacen tramos largos y por pedalear unas diez

cuadras te piden uno o dos dólares, pero hay gente como yo que depende de ellos”, dice Virgen, una anciana con problemas de salud que requiere del servicio de bicitaxis para acudir a la consulta médica.

Cosme Fernández, un inspector del transporte, opina que la medida de regular la expedición de licencias a partir de octubre es oportuna y que no afectará los servicios ni elevará los precios: “Dondequiera hay filas de bicitaxis totalmente desocupados, en los parqueos los puedes ver amontonados, y frente a los hoteles son un enjambre, ahora, si les preguntas, no quieren moverse por menos de un dólar. Por ese mismo precio le sacas la mano a un almendrón y te lleva mucho más lejos. (...) La mayoría no son ni propietarios de los bicitaxis, son gente que los arrenda a un tipo que les cobra por horas y eso es lo que ha generado esos precios. También que muchos no conocen de leyes del tránsito y van acumulando multas como si fuesen trofeos (...) Con la medida se va a resolver un problema enorme”.

Oscar, chofer de un “almendrón”, considera que la medida disminuirá la cantidad de bicitaxis y a la vez hará mucho más segura la circulación vehicular y peatonal: “(Los bicitaxis) son una pesadilla para cualquier chofer. Hay que estar a cuatro ojos cuando uno va por Reina, Carlos III, por el Prado, y si te metes por las calles interiores de Centro Habana y Habana Vieja tienes que manejar a la defensiva. (...) No respetan los semáforos, te meten cañona, por las noches es peor porque muchos no tienen luces y los frenos son una basura.

(...) Si vas caminando te pasan por arriba, molestan con el claxon, te gritan, son una plaga. Hacen bien en quitarlos a todos”.

Para Heriberto, bicitaxista sin residencia legal en La Habana, la medida será una tragedia para su familia: “Trabajé durante meses para comprarme el bicitaxi y ahora habrá que venderlo por debajo del precio que me costó. Es una pérdida total porque aún no he recuperado el dinero y no se hace mucho en un día. (...) Yo traje a mi mujer y a mi hijo para La Habana, estamos ilegales y pagamos un alquiler en Casablanca, ahora tendré que buscarme quien me venda un permiso de residencia o regresar a Camagüey”.

En pocos días se hará efectiva una medida que tal vez ayude a atenuar los problemas de vialidad pero que, con seguridad, afectará la economía doméstica de muchos cubanos.

Pero más allá de que esta regulación sea beneficiosa en términos de aliviar el caos urbano, o perjudicial desde el punto de vista humano, cada vez se hace más necesario un estudio inteligente y realista, programas de inversión y de rediseño vial que tengan en cuenta las peculiaridades de nuestro contexto, para dotar a la capital de un sistema de transporte que resuelva de manera segura y definitiva los problemas actuales y futuros.

Ernesto Pérez Chang



Edmundo García y su gran escena

El caso de un transformista político

LA HABANA, Cuba.- No me gustan los cubanos que defienden a la “revolución” desde Miami. Siempre termino preguntándome por qué no la amparan desde estos predios; pero debo confesar que en algunas ocasiones me asiste cierta tolerancia, y hasta soy capaz de otorgar a algunos innegables razones, pero a otros no. Entre estos últimos hay unos cuantos, y entre ellos está Edmundo García, quien no tiene razón alguna para seguir en Miami si en el centro de su discurso están las bondades de la “revolución” cubana.

Si Edmundo formara parte, como otros tantos, de aquel enjambre de niños que abandonó la isla entre los años 1960 y 1962, otras serían las razones, pero él no fue un Peter Pan y mucho menos asistió a una escuela donde a la maestra la llamaban “teacher”, tampoco tuvo que aprender a escribir en una lengua diferente a la que conoció en la casa de su infancia. García no inició estudios en el kindergarten ni tuvo amores en high school. Edmundo no fue a un college, sin embargo sus días siguen transcurriendo en la Florida; en ese lugar decidió anclar sus raíces, y desde esa geografía defiende a una “revolución” que antes abandonara. Debe ser por eso que me pregunto con tanta frecuencia por qué no la defiende en sus estos predios. ¿Será tan difícil?

Se dice de él que son muchos los apelativos que en La Hababa intentan definirlo, pero no me pondré a hacer un inventario de nombres. No sería elegante, además son tantos que se atropellan, y el gasto de energía que preciso para convocar a mi memoria puede ser enorme. De todas formas fijaré aquí el comentario que me hiciera un conocido mientras intentaba descifrarlo: “Ed-

mundo puede hacernos creer que al levantarse en la mañana se enteró que había heredado la Capilla Sixtina”.

“¿La Capilla Sixtina?”, pregunté, y el otro respondió que García suele creer en algunos imposibles y que, de ser cierta la tal herencia, la vendería de inmediato, y también aclaró que el dineral no estaría destinado a ayudar a la revolución como intenta hacernos creer. Según este conocido, si Edmundo consiguiera un legado como ese, y además un comprador, trocaría de inmediato esa fortuna recibida tras la venta por el Partenón, las Pirámides de Egipto y hasta el Taj Mahal, para seguir haciendo trapicheos y ganar, ganar, ganar... ad infinitum; y que la revolución espere, también, ad infinitum...

Y en qué lugar está entonces su fortaleza, esa que Platón suponía entre las cuatro virtudes cardinales, esa que solo la exhiben los individuos más honestos. El filósofo sospechaba que quien ostentara esa virtud moral, exhibiría una opinión recta sobre lo que se debe y sobre lo que no se debe temer. Sin dudas la fortaleza no está entre las virtudes de García, y prueba de ello son los temores que le provocan las vicisitudes de la vida cubana. Debe ser por eso que se largó.

¿Y qué lo llevó a largarse? Aquí se comenta que tomó tal decisión tras la quiebra de algunos de sus negocios, todos relacionados con la venta ilícita de obras de arte que se iba procurando en cada sitio de la isla donde ponía los pies. Pudo ser el miedo a la justicia, pudo ser el temor a la pobreza quienes lo llevaron a escapar. ¡Sin dinero no es fácil vivir! ¿Verdad, Edmundo?

Por eso debió abandonar el suelo, y el gobierno, que hoy defiende. Edmundo tuvo la certeza de que Cuba no era su espacio natural... En la isla jamás podría soñar con



adueñarse del Museo del Louvre ni del Prado. Quizá no le parecía justo vivir en una tierra donde esos sueños nunca podían realizarse, donde no se consiguiera trocar por dinero a esos palacios. ¿Será por eso que se fue?

Edmundo García, quien no arriesgó su vida en una lancha, intentó hacer una carrera de periodista en Miami, y para conseguirlo no escogió los ditirambos cuando se refería a Cuba y a su “revolución”; entonces prefería los insultos; por esos días era más dado a las reprobaciones. Ese hombre hizo largos menosprecios a esa “revolución” que ahora defiende en los más importantes foros y espacios sitios digitales de la prensa oficial cubana.

Dicen que viaja a la isla con frecuencia después de que fracasaran sus intentos de insertarse en una gran televisora. La última vez que lo vi no estaba “entre humo y metralla”, y nada en él recordaba al hombre que se baja de un P14 en el Parque de La Fraternidad. No percibí en Edmundo ni el más mínimo sofoco, ese que consigue el sol del mediodía en el interior de un metrobús.

La última vez que lo vi no iba matando canallas, en esa ocasión caminaba cubierto por telas vaporosas y con el pelo ensortijado, dando pruebas de que era un recién llegado de otra geografía, un recién salido de alguna climatizada peluquería después de hacerse el croquinol. Esa vez que lo miré, desandaba la Plaza de Armas acompañando al abogado José Pertierra, para luego fundirse en un largo abrazo con Miguel Barnet. Lo miré sentado entre el tumulto, lo descubrí conversando, dando palmaditas a algún hombro amigo, pero no conseguí verlo comprando el libro que

se presentaba aquel sábado en la plaza. Al parecer solo pretendía figurar.

Muchas son las cosas que escuché decir hasta hoy de este personaje. Hay algo que también se dice y que parece retratarlo, y es la aseveración de que si a García, quien se vende como un gran conocedor de las artes plásticas, le fuera regalado un cuadro de Greuze o de Chardin lo vendería al instante y sin mirarlo. Resulta que no soporta a los pobres porque son muy vulnerables, y lo peor, desvincijados.

A Edmundo no le interesan esas vidas, ni siquiera en un lienzo soportaría a una pobre jovencita que va vendiendo leche... Él prefiere el poder, y la elegancia, el escenario más grandioso, quizá por eso se fue a Miami, y quien se decide por el exilio, tiene sin dudas un montón de inconformidades con lo que deja, y un sinfín de expectativas con lo que busca. ¿Qué lo obligó a quedarse por allí? ¿Decidió estar lejos del comunismo?

Le creería más si cobrara cuatrocientos pesos, si a menudo lo encontrara en la ruta 67, si montara un P14 y comiera pollo una vez al mes; pero él llega a la Habana después de cruzar el estrecho de la Florida en un avión, de la misma manera en que abandonó el país. Él vive en Miami, y escribe en Cuba sobre ciertos políticos, de allá, que sufragan sus campañas con el dinero de escuelas que antes convirtieran en compañías de lucro, como advierte en uno de sus artículos publicados en Cubadebate. Edmundo dispone de todos los espacios oficiales para hacer diatribas.

Este hombre que se decidió por la Florida es reverenciado en Cuba, y la prensa oficial le ofrece sus espacios más visibles, y defiende sus últimas posturas, y olvida las

anteriores, sin embargo esa misma prensa es implacable con otros. Esa prensa que solo brinda genuflexión a los cubanos más comprometidos, a quienes hacen el viaje a África vestidos de blanco o de verde militar, a quienes llegan a la pobre América azotada por terremotos, enfermedades y ciclones, también recibe con aplausos a Edmundo García, incluso después de que gritara “pestes” sobre este país y sus gobernantes.

Edmundo es loado en la isla, mientras un montón de periodistas jóvenes del periódico Vanguardia, en Santa Clara, son puestos en la mirilla y hasta amenazados con el despido, porque publican en sitios digitales que no son del agrado del gobierno. Edmundo es tratado como un héroe, pero la vicepresidenta de la UPEC propone al gobierno que expulsen del país a Fernando Ravsberg.

A Edmundo le abren todas las puertas oficiales, pero a José Ramírez Pantoja, periodista de Holguín, no lo dejan respirar; para él decidieron el despido, el peor ostracismo, aunque esté en Cuba, en el preterido oriente de la isla, y lo mismo han hecho con Abel Invernal, quien trabajaba en una emisora de radio en Sagua la Grande. El reivindicado Edmundo García no es más que un transformista, y no escribo ahora de ese término que puede ser aplicado al evolucionismo biológico, y mucho menos a quienes lucen un pelucón rubio y unos aretes para cantar en una noche en el Cabaret Las Vegas de la calle Infanta; este hombre es un transformista político, aunque a la prensa oficial no le de la gana de mirarlo de ese modo.

Jorge Ángel Pérez

Una frase pasada de moda en Cuba

A la pobreza material se ha unido la miseria de espíritu



LAS TUNAS, Cuba.- El historiador de La Habana, Dr. Eusebio Leal, recién proclamó la pena que ocasiona ver la bandera cubana “a la venta entre productos de artesanía, como si se tratara de uno de ellos o un objeto común”.

Pidiéndole prestado el título al poeta Bonifacio Byrne, “¿Dónde está mi bandera?”, un reciente artículo del periódico Juventud Rebelde (JR), dice: “Lo que sucede con la bandera no es un hecho aislado. Es sólo una expresión de la crisis de civismo que se manifiesta hoy en la Isla; de falta de valores que empezó a entronizarse en la vida cubana a partir del llamado Período Especial y que cobra fuerza desde entonces”.

Entrevistado un historiador al respecto dijo: “Lo dicho por JR no es nuevo. Pero aún por reiterado, no deja de ser incierto concerniente al origen de la falta de civismo y amoralidad de los cubanos”.

“En Cuba suele achacarse el derrumbe moral que hoy vive la nación a la crisis de los años 90, eufemísticamente llamada Período Especial. Pero ese periodo nada tiene de extraordinario, se veía venir con el desplome del campo socialista”, añadió. “Cuba dependió de la Unión Soviética por más de 30 años, desde febrero de 1960, cuando recibió los primeros 100

millones de dólares, hasta diciembre de 1991, cuando la URSS se derrumbó, y ya no llegaron más barcos soviéticos a los puertos cubanos”.

“Ahí comenzó la crisis económica, pero la crisis moral, la falta no de rublos soviéticos sino del natural civismo de los cubanos, comenzó mucho más temprano; fíjese que cinco años antes de comenzar el llamado Período Especial, el 19 de abril de 1986, en Cuba comenzó otro periodo, a ese lo llamamos Proceso de Rectificación de Errores y Tendencias Negativas, y fue el mismo Fidel Castro quien ese día habló de economicismo, de burocratismo, de egoísmo, de corrupción y de errores del Partido (Comunista)”, concluyó el historiador.

Al respecto un pedagogo dice: “Yo pienso que el origen de la crisis moral que hoy vive la nación cubana tenemos que buscarla en la falta de educación; no en la falta de maestro, pizarra y pupitre, no; primero esa carencia se da cuando el Estado asume el insustituible papel educador de la familia, y acto seguido, cuando sustituimos la pedagogía de Enrique José Varona por la de Antón Makarenko, y las escuelas en Cuba se transforman en campamentos, en colonias como la de ‘Poema pedagógico de Makarenko’”.

“Eso se sabe”, continúa. “Niños y adolescentes debieron ir lejos de sus padres, a estudiar y trabajar en el campo, en un ambiente promiscuo, distanciados del beso materno de cada noche, de la autoridad vigilante de los padres sustituida por maestros improvisados en no pocos casos; un ambiente así produce insensibilidad, apatía, egoísmo, que es lo que vemos hoy en Cuba: a aquellos estudiantes de las escuelas en el campo, que son los padres de hoy, a quienes no podemos culpar por cómo son, y mucho menos a sus hijos, que no pueden ser diferentes a ellos”.

“Es superficial y poco creíble asumir la pobreza material como como causa absoluta de la pobreza espiritual. Hasta ser desnaturalizada por el Estado, la familia cubana aunque muy pobre siempre fue muy digna”, añade el profesor.

La opinión del pedagogo entrevistado, en el caso cubano tiene una base sólida. En 1957 integrantes de la Agrupación Católica Universitaria (ACU) realizaron una encuesta con miras en tres objetivos fundamentales: realizar por primera vez en Cuba una estadística de las condiciones de vida de los trabajadores agrícolas; propiciar que en las ciudades pudiera palparse la realidad del campo cubano y de sus dificultades, y probar que los campesinos cubanos se debaten “entre el abandono y la impotencia” mientras no se dé atención debida a nuestro campo.

En una de las reuniones de la ACU, el Dr. José Ignacio Lasaga dijo: “En todos mis recorridos por Europa, América y África, pocas veces encontré campesinos que vivieran más miserablemente que el trabajador agrícola cubano.”

ACU concluyó que, a pesar de constituir la población rural el 34% (1957) de la población cubana, los campesinos “sólo tienen de ingreso el 10% de los ingresos nacionales.”

Pese a esa pobreza en el campo cubano, los investigadores de ACU concluyeron: “El trabajador agrícola cubano, engañado por los gobiernos y olvidado por los dirigentes de todos los sectores nacionales, se mantiene asombrosamente honesto, moral y humano.”

Quienes en Cuba comenzaron vendiendo la bandera nacional cual objeto artesano no fueron cubanos de a pie, sino los administradores del Estado en sus tiendas de suvenir. Reconocido por los propios gobernantes que tomaron el poder por las armas en 1959, la nación cubana no sólo no ha podido salir de la penuria económica y sociopolítica que la condujo a una revolución, sino que a esa falta de liquidez, se ha sumado una carencia de valores morales y cívicos como nunca antes vistos en Cuba. “Pobre, pero honrado”, es hoy una frase pasada de moda en Cuba.

Alberto Méndez Castelló



¿Quiénes están manipulando a los jóvenes?

El castrismo la emprende contra becas de verano en EEUU donde participan adolescentes cubanos

LA HABANA, Cuba.- La realidad parece estar dándoles la razón a aquellos que insisten en que los gobernantes cubanos no están preparados para un aflojamiento de las tensiones en sus relaciones con Estados Unidos, y que necesitan de la rivalidad con el vecino norteamericano para mantener el espíritu de movilización popular.

El capítulo más reciente en el avivamiento de las disputas por parte del castrismo ha sido el programa de verano para jóvenes cubanos, organizado por segundo año consecutivo por la organización no gubernamental estadounidense World Learning. Mediante este programa, un grupo de estudiantes residentes en la isla, con edades comprendidas entre los 16 y 18 años, pasaron un mes de sus vacaciones veraniegas en varios estados de la unión norteamericana. Allí fueron atendidos por familias anfitrionas, y visitaron escuelas y organizaciones comunitarias. Se trata de una labor que la World Learning desarrolla en más de 140 países.

Sin embargo, al cabo de un mes de haber regresado a la isla los muchachos que participaron en esta segunda edición, se desata la tormenta. Todo comenzó con la publicación en el diario oficialista Juventud Rebelde del artículo "Becas a la caza de señuelos para la subversión". Este trabajo periodístico recoge declaraciones de Suzanne Santiesteban Puertas, presidenta de la Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media (FEEM), la que considera que "se trata de otro de los planes estadounidenses para intentar destruir desde adentro la Revolución".

Después de apuntar que este Programa recibe financiamiento de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), acusada por el castrismo de promover cambios en el sistema social cubano, la dirigente es-

tudiantil aseveró que la estancia de los jóvenes en Estados Unidos tiene el objetivo de "inculcarles los valores de esa sociedad e influir política e ideológicamente en ellos".

Y después de las declaraciones de la presidenta de la FEEM viene la segunda parte de la ofensiva oficialista: la realización, en todos los centros de las enseñanzas media y universitaria del país, de actos de "reafirmación revolucionaria", en los cuales el estudiantado se pronuncie contra esta nueva "agresión" del gobierno norteamericano contra Cuba.

Da pena constatar en televisión los rostros confundidos de esos muchachos que han sido convocados por la fuerza a esos mítines de repudio contra los programas de la World Learning. La inmensa mayoría no ha podido conversar con alguno de los participantes en estas becas de verano, y por tanto desconocen el sentido verdadero de estas facilidades otorgadas por la referida organización no gubernamental. Por cierto, en los mítines efectuados en la Universidad de La Habana y en la Ciudad Universitaria José Antonio Echevarría (CUJAE) se vio a los jóvenes "acompañados" por Iroel Sánchez y Enrique Ubieta, dos talibanes ideológicos de la cultura oficialista.

Es muy probable que la estrategia gubernamental para contrarrestar estas becas veraniegas comprenda dos etapas. La primera correspondería a estos mítines de repudio con el objetivo de intimidar a potenciales beneficiarios en años futuros. La segunda etapa debe de estar a cargo de los muchachos de la Seguridad del Estado. Ellos seguramente les seguirán el rastro a los estudiantes que participaron en los programas de la World Learning.

Orlando Freire Santana



A Raúl Castro no le gustan los chismes

*Este 28 de septiembre es el 56 cumpleaños
de otro de los fantasmas de Fidel*

LA HABANA, Cuba.- Así mismo decían por los años sesenta del siglo pasado los dirigentes de la Dirección Nacional de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), situada entonces en la Avenida de las Misiones No. 25, frente al emblemático Palacio Presidencial de La Habana.

Trabajé como reportera en la revista de ese organismo estatal durante los años 1965 y 1966 del siglo pasado. Un día lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer pareció como si aquel alto edificio se viniera abajo, a consecuencia de los sorprendentes comentarios que corrían de piso en piso y que repetían hasta las mujeres que manejaban los ascensores, o las que limpiaban las escaleras: “Raúl Castro, el jefe máximo del Ejército, está disgustado con los CDR, porque no le gustan los chismes”.

El viejo militante comunista José Matar, entonces presidente de todos los Comités y luego “tronado” de pies a cabeza por sus vínculos con sus amigos de la llamada “microfracción”, puso el grito en el cielo.

Aurelio Álvarez, el director de la revista Con la Guardia en Alto, estuvo a punto de un infarto. Sólo los periodistas de aquel engendro de revista, Ricardo Villares, Rubén Moreira, Julito Hernández y yo, si mal no recuerdo, nos mantuvimos a la expectativa, esperando de un momento a otro salir disparados por la ventana.

La historia fue así: A la mesa del despacho de Raúl, hoy Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, llegaban a diario quejas de diferentes comités de la Isla, porque en sus cuadras, altos militares cubanos tenían una mujercita clandestina a la que visitaban casi a diario y a quien llevaban vituallas para cocinar, no precisamente de la cartilla de racionamiento. Militares casados y con domicilio reconocido.

Los agentes de la Seguridad del Estado, que fueron con el mensaje de Raúl al encuentro de Matar, muy serios y compungidos, expresaron que el jefe del Ejército estaba muy, pero muy enojado con los CDR; como si el invento de su hermano, inspirado por la lectura del libro Mein Kampf, de Hitler, le estuviera creando problemas con la plana mayor de su Ejército.

El comentario, nada fácil de digerir, corrió de boca en boca por pueblos y montañas y es muy posible que muchos todavía lo recuerden hoy, tanto como yo.

Fue por esa fecha que los CDR cayeron en desgracia. Ahora mucho más, cuando después de más de medio siglo se comienza a pensar en la tranquilidad ciudadana y están prohibidos los ruidos innecesarios como aglomeración de personas en una casa, la música a todo volumen y las fiestas hasta altas horas de la noche, considerado todo como indisciplina social. Lo que ocurría en la casa donde funcionaba un CDR.

En fin, que con la desaparición en gran medida de las funciones de los Comités, podemos decir que vamos en camino de ser un país civilizado, aunque los logros se vean aún muy a lo lejos. Incluso, por suerte, muchos de ellos carecen hoy de equipos de audio, los que podían excederse en sus decibeles por orden del Comandante Invicto.

Este 28 de septiembre es el 56 cumpleaños de los CDR, otro de los fantasmas de Fidel. Estoy segura que si hoy a Raúl le gustan, es de boca para fuera.

Tania Díaz Castro



Autoridades no pueden detener el alza de los precios del agro

Los alimentos están alcanzando costosos récords

LA HABANA, Cuba.- La libra de cebollas alcanzó este fin de semana los 45 pesos moneda nacional (CUP) en el mercado de libre oferta y demanda (MOD) de la calle Egido, uno de los mayores de su tipo en la capital cubana. Se trata de un registro tope para los habaneros desde la espiral inflacionaria que inauguró el llamado Período Especial en Tiempos de Paz, hace más de dos décadas.

Una simple inspección a varios de los referidos establecimientos muestra que los bolsillos se resienten como nunca antes: la carne de cerdo limpia no baja de 45 pesos por 460 gramos. Igual cantidad de frijoles colorados debe pagarse a 18 pesos, en tanto un solo pimiento pequeño vale actualmente cinco pesos.

“¿Qué resta para mí?”, se pregunta Julián, jubilado por 200 CUP al mes, mostrando tres cebollas moradas recién adquiridas en Egido, a cinco cuadras del Parque de la Fraternidad, donde fue entrevistado.

“Lo otro es la calidad”, continúa el hombre. “Las cebollas blancas que me ofrecieron a 45 pesos estaban blandas al tocarlas, fofas; a la vista no brillaban, en fin, no eran frescas, parecían sacadas de un frigorífico”.

Cálculos elementales alrededor de una comida frugal para 4 o 5 personas pueden

significar actualmente una semana laboral si consideramos que las estadísticas oficiales fijan entre 450 y 500 CUP mensuales lo que ganan como promedio los habaneros.

El alza indetenible de los precios en el mercado liberado se relaciona directamente con la permanente escasez que muestran los establecimientos bajo gestión estatal. Luego de visitar una decena de ellos, se reiteraban el plátano verde, la yuca y la calabaza en calidad de ofertas estables, junto a dos o tres productos más que esporádicamente aparecen.

Un buen ejemplo es el mercado de Subirana y Desagüe, barrio de La Victoria, en Centro Habana. Los vecinos lo apodan “El estreñimiento”, dado que las citadas viandas se recomiendan, según la sabiduría popular, para cuando hay flojeras de estómago.

Coincidentemente, la feria que se realiza cada mes en los municipios capitalinos se caracterizó este fin de semana por el predominio abrumador de carpas con servicios gastronómicos en la céntrica avenida Carlos III (Salvador Allende es su nombre oficial, aunque menos utilizado) las y escasas opciones para quienes buscaban vegetales frescos.

Vicente Morín Aguado



La Habana-Guantánamo en avión: crónica de un calvario

¿Qué pasa cuando los cubanos no son prioridad en el servicio?

GUANTÁNAMO, Cuba.- Este 21 de septiembre mi esposa y yo teníamos pasajes de regreso por Cubana de Aviación desde La Habana a Guantánamo. El chequeo del vuelo comienza a las 3:30 a.m. Pero este miércoles fue un día aciago para los pasajeros que decidieron tomar un avión desde La Habana hacia otras localidades del país.

Debido a la hora en que los viajeros con destino a Guantánamo deben chequear sus boletos, quienes no tienen la posibilidad de un transporte hasta el aeropuerto se dirigen a él antes de medianoche con todas las molestias y riesgos que ello provoca, a los que esta vez se añadió una espera de ocho horas pues el vuelo fue “ajustado”, eufemismo con que las autoridades de Cubana de Aviación califican a los atrasos. Muchos pasajeros no fueron advertidos de la situación a pesar de haber informado el número de su teléfono móvil.

Mi esposa y yo tuvimos la suerte de que un familiar de ella nos informara desde Guantánamo, en horas de la noche del martes, que el vuelo tenía problemas, lo cual verificamos llamando al teléfono 7 649 5576, así que al menos no tuvimos que madruguar.

A las 9:00 a.m., hora señalada para el chequeo del vuelo, llegamos al aeropuerto e intenté conocer la causa del atraso. En el buró de Información me dijeron que la desconocían. Al preguntar lo mismo al trabajador que chequeó nuestros pasajes este nos dijo que “no había aviones”. “¿Cómo es eso?- le pregunté-, añadiendo que Cubana ha comprado seis AN 158 para vuelos nacionales”. Ante mi pregunta el trabajador miró a ambos lados y como si fuera a decirme un secreto de estado susurró: “Son siete, no seis, pero escasamente trabajan dos todos los días, los demás casi siempre están rotos”.

La respuesta no me satisfizo porque los AN 158 no tienen más de tres años de servicio, así que seguí indagando hasta que en el salón de última espera conversé con otro trabajador, quien me confesó que la causa de los atrasos en los vuelos nacionales era que los aviones se estaban dirigiendo a otros destinos de Centroamérica y el Caribe y había días en que los vuelos nacionales eran cubiertos por sólo dos naves.

Esta respuesta me pareció más convincente luego de apreciar en las pantallas informativas que no sólo estaba atrasado el vuelo Habana-Guantánamo sino que en esa misma situación estaban los destinados a Holguín, Santiago de Cuba y Manzanillo, aunque los pasajeros no recibimos ningún tipo de explicación acerca de la causa de la tardanza.

Una encuesta mal aplicada

Muchos cubanos pensaron que la adquisición de esta flotilla de naves ruso-ucranianas iba a mejorar la calidad del servicio en Cubana de Aviación, pero los reiterados atrasos de los vuelos demuestran lo contrario.

No obstante, la calidad del servicio no debe medirse únicamente por el hecho de que el vuelo salga a su hora. Quienes dirigen la compañía lo saben y están interesados en conocer la opinión de los pasajeros pues en el vuelo del pasado lunes 19 de septiembre, cuando fuimos hacia la capital, aplicaron una encuesta cuyas preguntas abarcaban otros aspectos.

Pero resulta imposible que una encuesta ofrezca resultados confiables si no se aplica correctamente. Lo digo porque este día las planillas fueron distribuidas a los pasajeros en pleno vuelo y recogidas antes del aterrizaje, aunque algunas de

las preguntas sólo podían ser respondidas con objetividad una vez terminado el viaje, cuando el pasajero está en condiciones de evaluar la totalidad del servicio, no una parte de él. El vuelo, que esta vez salió en tiempo, exactamente a las 8:05 a.m., culminó en el aeropuerto José Martí a las 9:20 a.m. Hasta ahí todo estuvo bien. Pero desde esa hora y hasta las 9:50 a.m. estuvimos confinados en el avión esperando por el ómnibus que nos trasladaría hasta el salón de recogida de los equipajes. Allí las esteras mecánicas comenzaron a funcionar a las 10:45 a.m, 1 hora y 25 minutos después de haber aterrizado. Si en ese momento se hubiera aplicado la encuesta el resultado habría sido distinto.

Además, ya Cubana de Aviación no se brinda el servicio de transporte por ómnibus desde el aeropuerto hasta otros municipios de la capital, así que el pasajero que no tiene dinero para pagar un taxi, que cuesta entre 375 y 625 pesos cubanos (CUP) según la distancia (15 y 25 CUC) debe salir con su equipaje hasta la avenida de Boyeros y ahí tratar de montarse en un almendrón, algo muy difícil después de las medidas adoptadas por el gobierno de la capital pues muchos transportistas privados han entregado los permisos de trabajo. De no poder hacerlo, el viajero tiene que esperar por uno de los ómnibus articulados que por el módico precio de 0.40 centavos prestan el servicio, pero que casi siempre están atestados de pasajeros y son muy molestos.

Todas estas dificultades las sufren cotidianamente quienes deciden viajar por avión hacia la capital del país y desde ella hacia el interior. Por eso resulta sarcástico que al final del vuelo el capitán de la nave agradezca que los pasajeros hayan escogido a Cubana de Aviación para volar. ¿Acaso tenemos otra opción? Obviamente, este miércoles 21 de septiembre del 2016 Cubana de Aviación no aplicó ninguna encuesta.

Roberto Jesús Quiñones Haces

¿Qué hay con los negocios inmobiliarios en Cuba?

A Sandra la detuvieron, le cerraron el negocio, y ni siquiera le permitieron llamar a su casa para tranquilizar a su familia

LA HABANA, Cuba.- Tras la supuesta apertura muchos cubanos, y hasta algunos extranjeros, han pecado de ingenuos en sus intentos de realizar proyectos independientes. De la noche a la mañana quisieron los isleños tentar a la suerte y dispusieron de sus ahorros aspirando a modificar sus casas para luego inaugurar cafeterías. En pocos días hubo más quioscos de venta que cederistas por cuadras, en los que se ofertaban pizzas, pan con croqueta, con mantequilla o mayonesa, refrescos instantáneos...

Lo malo fue que en menos de tres meses muchos de esos emprendedores quebraron sin que pudieran recuperar ni siquiera lo que invirtieron. Para muchos fue un fracaso total, insuperables las secuelas. Y era de esperar, en un país donde el Estado lo regenta todo, incluso las iniciativas más leves. Aquí no hay espacio alguno para la independencia.

Entre las miles de nuevas emprendedoras cubanas estuvo Sandra; una linda mulata que no quería quedarse atrás, y para conseguir el dinero de la inversión escribió a un amigo inglés, a quien había conocido en una visita que este hiciera a la isla con el propósito de apoyar a los cinco espías que guardaban prisión en los Estados Unidos. Ella le explicó que las circunstancias eran las mejores, y que la virginidad de Cuba en los negocios permitiría abrir cualquier cosa; el otro mordió el anzuelo.

Y cómo no iba a morderlo si creía ciegamente que Cuba era una isla encantadora donde cualquier cosa se podía conseguir, donde todo se daba fácilmente, hasta lo prohibido, gracias a su geografía, a su gente. El inglés aceptó el reto

también porque recordaba la exuberante imagen de Sandra, esa que guardaba con cuidado. Por todo eso hizo de nuevo el viaje a La Habana, y vino para ultimar detalles de la inversión.

Todo le pareció perfecto; tras su llegada paseó con Sandra, se bebieron un daiquirí en el Floridita de Hemingway, y hablaron de buscar buenas opciones, y le propuso a la cubana invertir en un negocio inmobiliario. Unos días después ya tenían rentado un espacio en un apartamento en el Vedado y pagaron al Estado sus patentes, y comenzaron a buscar contactos, e indagaron entre los cubanos que tenían muchos sueños, esos que estaban dispuestos a vender su único tesoro, la vivienda, para conseguirlos.

El inglés regresó a su isla europea y envió las computadoras, los muebles y suficiente dinero para los gastos iniciales, y quedó a la espera de las ganancias. Y al parecer hubo algunas, porque Sandra se compró enseguida un pequeño auto de los años cincuenta en perfectas condiciones, y luego, cuando descubrió que todo iba cada vez mejor, se ocupó de la publicidad y contrató a un diseñador para que le creara una página en Internet donde promocionar el negocio, y colgó un cartel lumínico en el balcón de la vivienda que rentaba.

Salet, la dueña del apartamento, también quería que todo estuviera en regla, que en la ONAT supieran que ella les rentaba dos cuartos, un baño y un espacio de la sala que serviría como recepción; pero en aquellas oficinas aseguraron que no tendrían que declarar ese espacio común porque lo usaban tanto la rentadora como la rentada. Salet insistió, quería tener todo en orden y no le gustaban las ilegalidades. Si se había decidido a rentar su casa era por sus angustias a la hora de contar su dinero desde inicio hasta fin de mes. Salet se licenció en economía y trabajó luego en un Banco, y luego hacía cakes que vendía a particulares para añadir algo a su entrada, pero no conseguía llegar a fin de mes, ni siquiera con los dolaritos que mandaba su padre, por eso su empeño en que todo fuera legal.

El negocio prosperaba también gracias a su empleomanía, esa que Sandra supo escoger muy bien. Para la recepción se decidió por una rubia despampanante que alegraba la vida a los clientes sin que se

preocuparan mucho por el tiempo que esperaban para ser atendidos, y lo mejor es que era casi una políglota.

Y Sandra necesitó más trabajadores; el joven mulato y profesor de francés se encargaría de ubicar las viviendas, visitar a los vendedores, concretar los precios y colocar en la fachada el cartelito de: “se vende” después de preparar todo el dossier lleno de fotos. Lucía, la menos agraciada, pero íntima de Sandra, fue a dar al pantry.

“Viento en popa y a toda vela”, así iba el negocio, tanto que finalmente se pagó su curso para aprender a manejar y el auto quedó idéntico a cuando rodaba en los años cincuenta en la ciudad. Ese auto servía para transportar de un lado a otro a los clientes, en su mayoría extranjeros enamorados de cubanas o cubanos que serían los propietarios legales.

“Viento en popa y a toda vela”, así le hizo saber Sandra al inversionista inglés. Y más se consolidarían en los meses siguientes. Sandra por primera vez disfrutaba de su trabajo, y nutría sus sueños. Vestía, alimentaba y paseaba a sus dos hijos, y la posibilidad de subirlos a un crucero ya no le parecía tan disparatada. Hasta se alegró de pagar impuestos que aportaban al desarrollo del país. No volvería a vender su cuerpo, pero la felicidad dura muy poco en la casa del pobre.

Una mañana tocaron el timbre y la rubia despampanante de la recepción apretó diligente el botón que abría la puerta creyendo que se trataba de nuevos clientes. Varias fueron las personas que avanzaron mostrando sus identificaciones, esas que aseguraban que eran miembros de la Fiscalía General de la República.

-Aparten las manos de las computadoras y manténganse en silencio -dijo el que parecía jefe, mientras los otros ocupaban el resto de las oficinas moviendo los ojos con desconfianza. Un cliente chileno que se encontraba en el lugar no conseguía entender lo que pasaba, ya había visto horrores cuando Pinochet se hizo del poder, y temblaba como una hoja movida por el viento, pero se calmó cuando le dijeron a su novio cubano que se marcharan los dos, y bien rápido. Al cubano le revisaron el carné antes de que se marchara, y anotaron todo, le aconsejaron silencio.

Los funcionarios decidieron llevarse las computadoras pero antes anunciaron una



“contravención”: exhibían tres pinturas en las paredes sin que tuvieran la licencia correspondiente. A la entrada del edificio estaba la camioneta que fue recibiendo cada cosa. Lo demás sería desconcierto y llanto, y Salet diciéndole a Sandra que ya había escuchado el rumor de esas redadas.

Días después todos serían citados a las oficinas del Departamento Técnico de Investigaciones (DTI), en 100 y Aldabó. Todos eran culpables. A Salet le aplicaron una multa de 1500 pesos, aunque un abogado asegurara que nunca podía ser mayor de 300. Una vez que preguntó el por qué, le dijeron que ocultó el alquiler de la sala para disminuir el pago al Estado. Quiso negar, decir que estaban equivocados; pero tuvo esa rara sensación de que todo estaba perdido y prefirió hacer silencio.

A los demás les fueron retiradas sus licencias; habían violado la prohibición de usar las redes sociales para promocionar el negocio, y además no podían acompañar a los clientes a la casa de los vendedores, tampoco estaban autorizados para tirar fotos a las viviendas, y mucho menos agruparlas en un álbum. “Tantas violaciones justifican la medida extrema”, dijeron amenazantes.

A Sandra la mantuvieron en las oficinas de investigaciones por más de doce horas, y preguntaron mucho sobre su re-

lación con el “ciudadano inglés”. Los cinco oficiales estaban muy interesados en esa relación: “¿De dónde lo conoces? ¿Qué relación mantienes con él? ¿Por qué tanto interés en invertir en Cuba?”, así fue que la acosaron, y hasta intentaron que creyera que su amigo era enemigo de la revolución, y de nada sirvió que Sandra explicara de su gran simpatía por la revolución, de su apoyo a la causa de los “cinco héroes”, y de sus campañas para conseguir la liberación.

A Sandra le cerraron el negocio, le hicieron firmar las muchísimas actas de decomiso, y ni siquiera le permitieron llamar a su casa para tranquilizar a sus padres y a sus hijos. Llegó destrozada y con una idea fija; al día siguiente escribiría un mensaje a su amigo inglés, y eso hizo: “Nos estafaron. Los Castro nunca pierden. Sácame de aquí con mis hijos. Tengo miedo”.

De esta forma cerraron estos negocios inmobiliarios en la isla, cada oficina invadida por fiscales. Así son las cosas en la isla, debe ser que los negocios lucrativos están reservados únicamente para los más jóvenes con apellido Castro; la futura, ya muy cercana, oligarquía de Cuba.

Ángel Santiesteban

ENCUÉNTRANOS ADEMÁS EN



ESCRÍBENOS A

cntredaccion@gmail.com